



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

COLIMA
GOBIERNO DEL ESTADO



CREADORES Y ARTISTAS EN CONTINGENCIA COLIMA

LETRAS

Proyecto:

El origen de las ideas

Beneficiario:

Christian Emmanuel Mora Quiñones

**DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL**

www.culturacolima.gob.mx

culturacolima

@culturacolima

#ColimaEsCultura

Con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Este programa es público ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

Proyecto sujeto a Contraloría Social del Programa de Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura AIEC - 2020.

I

Carlos tallaba su cabello cuando escuchó los susurros; lejana, apenas perceptible, la voz lo llamaba con familiaridad. *Charlie, Charlie*, escuchaba mientras se enjuagaba el *shampoo* para abrir los ojos. Recorrió la cortina separadora entre el inodoro y la regadera para confirmar lo que ya sabía: estaba solo. *Me hace falta dormir*, pensó, *sigo alucinando*. En cuanto corrió la cortina volvió la voz. Decidió ignorarla, seguro de que todo estaba en su cabeza. Aun así, no le hubiera molestado encontrarse con ella. Había pasado dos noches soñándola y, a pesar de su comportamiento misterioso, sus atractivos pesaban más.

El sábado, antes de verla, Carlos se encontraba envuelto en el vaivén de la mecedora, estudiando las posibilidades para su relato. Juntó sus manos al estilo Holmes y cerró los ojos. Respiraba con suavidad, concentrándose en el aire entrando por su nariz, oxigenando sus pulmones. Poco a poco desaparecieron las preocupaciones. Con el cuerpo aligerado comenzó a vagar por una serie de halos multicolores. Una idea surgió en lo profundo de su mente y de pronto se sintió de pie bajo el umbral de su cuarto. Ahí estaba ella, sentada sobre la cama, desnuda, esperando en penumbras. Sólo una sábana transparente envolvía su cuerpo. Carlos se disponía a caminar hacia ella cuando vio al hombre de los ojos rojos salir de las sombras, arrodillándose frente a la joven, besando sus muslos descubiertos. Ella sonrió, recostándose para que el hombre la recorriera con mayor libertad. La joven posó su mirada hacia la puerta del cuarto, relamiéndose; tomó el cabello de su acompañante y lo guio para unirlo en su mirar. Carlos, sintiéndose observado por el hombre de los ojos rojos, salió del trance.

Todavía con el corazón acelerado, se levantó de la mecedora y tomó un plumón para escribir sobre el pizarrón blanco. Las imágenes de la joven desnuda aún flotaban por su cabeza y él batallaba por recuperar cada detalle: el atractivo físico, su sensualidad, el deseo de ser tomada por el hombre, o ¿será un demonio?, la mirada del hombre erizándole la piel. Creía tener algo rescatable en su nuevo intento por inspirarse a través de la meditación, pero a pesar del escalofrío por sentirse observado, no veía relación con lo que deseaba escribir. Él quería una historia de terror y la mayoría de las escenas en las que pensaba eran eróticas,

bastante eróticas. En cierto modo, el erotismo y el terror no estaban peleados, pero tampoco iban de la mano. Pensando en esto y aquello destapó el plumón y garabateó sus primeras ideas:

**La mujer es bruja*

**Se entrega al demonio para que éste le dé su oscuridad (magia)*

**El ritual es sexual (Cómo debe ser)*

** ¿Por qué quiere magia?, ¿qué busca?*

** Venganza (Todo el mundo quiere vengarse)*

Sin la claridad deseada para comenzar a trabajar, Carlos decidió descansar, ya tendría todo el domingo para escribir. Se durmió pensando en ella, deseándola y, en consecuencia, ella acudió a sus sueños. Seguía ahí, esperando sentada en el borde de la cama, pero ahora era Carlos quien la miraba desde las sombras. La luz de la luna filtrada desde la ventana le permitía admirar sus pechos firmes. Sería que estaba cohibido o tal vez hipnotizado, el caso es que Carlos estuvo paralizado hasta que la joven estiró su brazo invitándolo a acercarse. Caminó hacia ella con cierta reserva, pero al tocar sus manos se borraron las dudas. La joven lo envolvió en sus brazos y Carlos dejó de pensar. Estaba concentrado en la sensación de la piel desnuda rozándolo por encima de su camisa, de su pantalón. Ella lo dirigió a la cama, ayudándolo a recostarse. Él cerró los ojos cuando la joven comenzó a besarle. El aliento hipnótico de la mujer le provocó el deseo de entregarse cuanto antes, pero al abrir los ojos se percató de que el demonio de la mirada escarlata los observaba desde la mecedora.

Carlos se incorporó sobresaltado. Había empapado la cama de sudor. Entre la oscuridad de la recámara, alcanzó a distinguir el vaivén de la mecedora. Se mintió a sí mismo diciéndose que debió patearla mientras dormía, pero por si las dudas, movió la silla a la sala.

II

Conciliar el suelo no le fue tarea fácil. Después de dar vuelta tras vuelta, enredándose en las sábanas, se dio por vencido. Salió de la cama. Tomando pluma y papel comenzó a escribir:

Deseos de venganza

A media noche, Annie se encontraba desnuda en el bosque. Erguida sobre una piedra de superficie plana, levantó los brazos hacia el cielo sin soltar el cuchillo de su mano. Sólo cuatro antorchas colocadas en cada uno de los puntos cardinales combatían la oscuridad absoluta brindada por la luna nueva. Agonizante, entre sus pies, un ave de plumas negras aleteada tratando de salvar su vida. Hincándose frente al animal, Annie juntó las manos sobre su cabeza y lo apuñaló una y otra vez hasta lograr desangrarlo. De inmediato, se deshizo del arma aventándola contra un árbol. Annie humedeció su mano izquierda con la sangre derramada, dibujándose una línea roja en su cuerpo. Comenzando por su cuello, deslizando su mano entre sus senos, el ombligo, hasta llegar al monte de venus. Después de murmurar un canto, se recostó boca arriba junto al ave. De una a una, las antorchas fueron apagándose. Primero fue la del sur, de ahí este y oeste. La luz del norte se extinguió después de un soplo de viento helado. En total oscuridad, con las piernas abiertas y los brazos extendido a los lados, Annie cerró los ojos. Unos segundos después escuchó el crujir de las hojas. Alguien, algo se acercaba con pasos lentos hacia ella.

De nada le hubiera servido los ojos, pues en completa negrura no podría reconocer aquello alimentándose de la sangre embarrada en su cuello y que continuó lamiendo guiado por el camino trazado en su cuerpo. Aquello, la criatura nocturna, devoró los restos del ave presentada como tributo. Annie pidió sus favores a la criatura para dominar sobre otros. El ser oscuro le advirtió sobre las consecuencias de lo que estaba pidiendo, pero a ella no le importó. Estaba dispuesta a pagar el costo con tal de cumplir su deseo.

Una luna después, el humo de la aldea quemándose se alzaba varios metros de altura; sin embargo, no quedarían testigos para confirmarlo. Estáticos dentro de sus chozas, los aldeanos ardían en llamas. Sólo los niños menores de diez años caminaban hipnóticos detrás de Annie, quien, con un bebé en brazos y una niña tomada de la mano, se dirigía hacia la profundidad del bosque.

III

Sentado en su oficina, Carlos movía las piernas, esforzándose al máximo para no quedarse dormido. La voz había vuelto y no paraba de llamarlo: *Charlie, Charlie*. De nada le servía disimular, cabeceaba constantemente. A ese ritmo, era cuestión de tiempo para terminar desplomado sobre el escritorio. *Voy a lavarme la cara*, pensó antes de ponerse de pie. Las divisiones de los cubículos le ocultaban en gran medida el otro lado de la oficina, pero estaba seguro de haber visto a la joven de sus sueños dirigiéndose a la puerta. Caminó de prisa, intentado alcanzarla. Al llegar al pasillo, lo encontró vacío. Carlos talló su rostro, desesperado por unos minutos de descanso. Continuó con su plan de acudir al baño, pero en lugar de lavarse la cara, se encerró en uno de los inodoros y, para fingir satisfacer sus necesidades, bajó su pantalón y se sentó sobre la taza. Recostó su cabeza sobre el despachador de papel y se entregó a Morfeo.

Había dormido mucho, sin descansar apenas nada. Después de escribir su cuento, volvió a la cama. Tal vez influenciado por lo que acababa de escribir soñó con Annie. Estaba parado junto a ella, fuera de una casa, mirando por la ventana. Dentro, alrededor de la mesa, una familia se encontraba en la cena; sin embargo, nadie comía. Todos permanecían estáticos. En medio del comedor, el demonio de la mirada escarlata sonreía satisfecho. Un fuego surgió en la alfombra, pero ningún miembro de la familia parecía alarmarse. El fuego se propagó por las sillas y ellos continuaban sin moverse. Carlos se acercó a la casa para golpear los cristales, queriendo salvar a la familia. Podía ver en sus ojos el sufrimiento. El demonio se carcajeaba de sus intentos. La piel de los miembros de la familia comenzó a derretirse, dejando a la vista sus cráneos y el resto de sus huesos. El humo terminó por invadir la casa imposibilitándole la vista. Dentro, sólo dos luces rojas sobresalían entre la humareda. Sobre el crujir de los cuerpos quemándose, se escuchaban las carcajadas del demonio.

Al despertar, Carlos volteó hacia la ventana. Ahí encontró la mirada escarlata observándolo. Por más que parpadeo para que la alucinación desapareciera, el par de ojos continuó ahí. Esa noche, Carlos durmió en la sala.

IV

Un golpeteo en la puerta de los sanitarios lo despertó.

— Carlos, ¿te encuentras bien? —escuchó una voz masculina sin reconocer el origen de ésta. —Te está esperando en casa —agregó la voz.

Desconcertado, se puso de pie acomodándose el pantalón. Miró el reloj. Había pasado más de una hora dormido. El cuello le dolía, ni qué decir de la espalda. —Sí, estoy bien —contestó—. Parece que la cena me cayó mal.

Nadie contestó. Carlos abrió la puerta y buscó en los demás baños para reconocer a quien hablaba. No le sorprendió descubrirse solo. De nada le había servido la siesta. El cansancio seguía jugando con su cerebro. Sin dar explicaciones, volvió a su cubículo, tomó sus pertenencias y regresó a casa. Ni cinto ni zapatos se quitó antes de tirarse en la cama. La necesidad de dormir, el cansancio extremo, parecía ser lo único importante. Apenas cerró los ojos, la joven apareció en su mente.

Él estaba acostado, soñándose dormido; despertó en el sueño y miró hacia el rincón oscuro de su recámara. Entre sombras, sentada en la mecedora, la joven reposaba sus manos sobre los descansabrazos. La oscuridad le ayudaba a cubrirse el rostro. Carlos, incorporándose, se recargó en la cabecera de la cama. La miró largo tiempo antes de pronunciar la primera palabra. Sabía que ella también lo observaba.

—¿Eres Annie? —preguntó Carlos, haciendo referencia a su cuento escrito recientemente. Ella negó con un movimiento de cabeza.

— ¿Eres bruja?

La joven negó de nuevo.

—Entonces, ¿quién eres?

Ella siseó llevándose uno de sus dedos a la boca. Se levantó de la mecedora, caminó hacia la cama y se subió a ella, gateando hacia Carlos. Él, aún sin comprender que soñaba, se encontraba entre excitado y temeroso. Todos sus miedos se esfumaron al tenerla tan cerca. La joven, todavía a gatas, se encontraba sobre las piernas encogidas de Carlos, quien, al recibir la exhalación del aliento embriagante de la joven, quedó con la mente en blanco. Ella se unió más a él, sentándose sobre sus piernas. Él la dejó tomarlo de las manos y recargarlas en la cabecera. La joven acercó su rostro y lo besó, robándole la última migaja de voluntad. No se dio cuenta cuando el sueño cambió de escenario y al acostarse no lo hizo sobre su cama, sino sobre la piedra de sacrificios descrita en su cuento. Ambos se encontraban desnudos y dispuestos a entregarse. Carlos había cerrado los ojos; así estaba acostumbrado a besar. La joven continuaba sobre él y sin mayor preámbulo comenzó el ritual más antiguo de todos: el carnal.

En tan solo segundos, Carlos perdió el dominio de su excitación, dando por terminado el acto. Despertó con su propio grito, al abrir los ojos y darse cuenta de que la joven aún encima de él tenía cabeza de ciervo.

V

El asistente

Caminando a casa, no muy lejos del sendero, María y Pedro divisaron un niño acostado entre los árboles. Se acercaron a él de prisa para comprobar que se encontrara bien. El niño, desmayado, no recuperó el conocimiento por más que Pedro lo sacudió. Colocó sus dedos sobre el cuello del niño y comprobó que aún estaba vivo.

— ¿Quién será? —preguntó María.

— No tengo idea —contestó Pedro—, pero si lo dejamos aquí seguro se muere.

Tomó al niño por los brazos y colocándolo sobre su hombro le indicó a María continuar el camino a casa. Al empujar la puerta para entrar, su hijo Marcos se arrimó a

recibirlos y, sorprendido al ver al niño en los hombros de su padre, preguntó sobre su identidad.

—No sabemos quién es —contestó Pedro—, lo encontramos desmayado en el bosque.

— Y ¿se quedará a vivir con nosotros? —preguntó Marcos entusiasmado.

—No lo creo. Sus padres deben estar buscándolo.

—Pero, si no tiene padres... podría ser mi hermano mayor.

—Los niños no salen de la tierra y, aun si no tuviera padres, nuestra obligación sería llevarlo a la iglesia para que cuiden de él.

—Pero en la iglesia no sería feliz.

—Pero nada. Mejor calla y ayúdame a colocarlo cerca de la chimenea.

Marcos auxilió a su padre y después de acostar al niño junto al fuego, se quedó contemplándolo por largo tiempo. María acercó una cubeta con agua y, con delicadeza, comenzó a limpiar el rostro del niño para refrescarlo. Notó que éste movió los ojos por dentro de los párpados sin abrirlos.

—No tiene fiebre, ni parece estar herido, simplemente no despierta —comentó María.

—Estará cansado, tal vez, no sabemos cuánto tiempo pasó en el bosque.

—Cuando salimos, no estaba al pasar.

—Quizá, quizá no lo vimos. Déjalo dormir, no creo que le pase nada.

De no ser por la hora, Pedro habría regresado al pueblo para preguntar si alguien había extraviado un niño. En un pueblo pequeño los rumores corrían de prisa y seguramente más de uno le respondería que sí, que Fulanita había llorado durante horas por no encontrar a su hijo; sin embargo, así como los rumores, los miedos se propagaban por igual. Muy pocos se atrevían a salir hacia el bosque ya entrada la noche. Las historias contaban sobre seres

sobrenaturales merodeando entre la oscuridad, esperando a los inocentes para hacerles desaparecer. Por más fe que tenía en Dios, Pedro conocía la frase *ayúdame, que Dios te ayudara* y justo por eso la idea de regresar por el bosque en la oscuridad estaba más que descartada.

Al anoecer, se acostaron junto al fuego para dormir. Sin importar la época del año, las noches eran frías. Marcos despertó en la madrugada y notó al niño incorporándose. Marcos se arrimó a él. Ambos observaban el fuego.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Marcos.

El niño ni siquiera parpadeó ante la pregunta.

—Que ¿cómo te llamas? —volvió a preguntar. Esta vez tocándole el hombro. El niño giro la cabeza hacia Marcos, lo observó y, sin responderle, volvió la mirada hacia la chimenea.

—Mis padres te encontraron en el bosque. Estabas durmiendo entre los árboles — continuó hablando sin importarle que el niño no respondiera—. Mañana iremos al pueblo para regresarte con tus padres o llevarte a la iglesia. Yo prefiero que te quedes en casa, sabes, aquí hay muchas cosas con las que podríamos jugar. Normalmente ayudo a mi madre en dos o tres cosas. Entre los dos podríamos terminar más rápido y nos quedaría mucho tiempo para...

—Sé de un lugar —por fin habló el niño—, en el que podríamos jugar.

— ¿Sí? ¿Dónde?

—Es cerca de aquí, pero sólo se ve de noche. Ahí hay muchos niños que lograron escapar de sus papás aburridos.

—Yo no me aburro de mis padres... aunque estén ocupados todo el día, se toman su tiempo para jugar conmigo.

—Bueno, no es necesario que te quedes a vivir, si te gustan tus padres aburridos

siempre puedes volver. ¿Te gustaría conocer a decenas de niños?

—Claro que me gustaría, pero no podemos salir de noche.

—¿Quién lo dice?

—Mis padres; el bosque es peligroso.

— ¿Esos que están dormidos? Bueno, como quieras. Yo tengo que regresar, me están esperando.

—

El niño poniéndose de pie, sacudió su pantalón y caminó a la entrada.

—Pero, se supone que estabas enfermo —dijo Marcos entristecido al verlo dispuesto a marcharse.

— ¿Enfermo? No. Sólo estaba cansado de tanto jugar. Luego tus padres me trajeron a casa y como supuse que no te dejarían ir conmigo, fingí estar inconsciente hasta que se durmieran, pero ya vi que tú no quieres acompañarme... y yo pensando que fuéramos hermanitos.

—Espera —contestó Marcos al verlo abrir la puerta. Mirando a sus padres dormidos y después al niño trataba de pensar en qué sería lo mejor. Después de todo, le había dicho que podría regresar—. Voy contigo —contestó al final.

Ambos niños caminaron de la mano entre la oscuridad.

—Te va a encantar —lo alentaba el desconocido—. Cuando conozcas a Annie no te quedarán ganas de volver.

VI

Carlos perdió la noción de saber dormido o despierto. Si estaba despierto, el nivel de alucinaciones había llegado al desbordamiento. De otra forma no podría explicarse qué hacía la joven acostada a su lado. Ella lo vio abrir los ojos y le regaló una sonrisa tierna, muy

distinta al rostro de ciervo que Carlos le había visto en el sueño.

—Por fin despertarse —dijo ella levantándose de la cama. La joven vestía en ropa interior; la luz mañanera del sol le permitía a Carlos verla en todo su esplendor.

— ¿Qué te pasa? —preguntó la joven entre risas—. ¿Por qué me ves así?

Carlos no respondió, prefirió ver como ella se vestía con su ropa para andar en casa.

Ojalá esto fuera cierto, pensó Carlos. Todo a su alrededor parecía normal, por lo que la teoría de estar alucinando a la joven tomó fuerza. Ella salió de su habitación y él estaba seguro de que no volvería a verla, pero al caminar hacia el comedor no sólo seguía ahí, sino que había un niño sentado junto a ella.

—Papá, por fin despertaste.

Guau, pensó, *esto sí está loco*.

—Siéntate, mi amor —dijo la joven, levantándose de la mesa—. No tarda en estar el desayuno.

Ella se acercó a besarlo y continuó su paso hacia la cocina. Carlos obedeció a su mujer y tomó asiento frente al niño. Tal como en lo sueños, todo comenzó a tener sentido. Se había casado chico con su novia adolescente embarazada. Ahora era un trabajador responsable que se levantaba tarde los domingos para recuperar las horas no dormidas entre semana.

La esposa se acercó con la charola del desayuno servido. Tres platos de chilaquiles y tres vasos con jugo de naranja. La joven, tomó la mano de Carlos con su derecha y con la otra comenzó a desayunar. Él, sonriente, hizo lo mismo. David, el hijo, tomaba el jugo de naranja jugueteando con sus pies inquietos.

—Papá —dijo entre sorbo y sorbo—, iremos a la laguna ¿verdad?, lo prometiste.

Claro, la laguna, pensó Carlos. Le había prometido a su hijo llevarlo el domingo.

—Por supuesto. En cuanto termine el desayuno y me bañe, nos vamos.

—Sí, sí —gritó el niño emocionado, saltando de la silla y corriendo a su cuarto para cambiarse.

La sensación de algo raro ocurriendo volvió a Carlos cuando tomó su toalla para bañarse. Entró en la regadera y dejó correr el agua por su cuerpo mientras pensaba. Las manos de su mujer lo abrazaron por la espalda, colocándose sobre su pecho.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella recargando la cabeza sobre el hombro de Carlos.

—No sé —respondió él—. Es como si algo no estuviera bien.

Ella lo giró y ambos quedaron de frente. Se besaron bajo la regadera y Carlos olvidó sus pensamientos.

—Ahora eres mío —dijo la joven, jugueteando con el cabello de Carlos— y eso es lo único que importa.

Una hora después, Carlos manejaba su auto con la joven de copiloto y el niño David con la cabeza asomada entre los dos asientos delanteros.

—¿Ya llegamos? —preguntó David entusiasmado.

—Ya casi —respondió su madre.

A los pocos minutos llegaron a la caseta de cobro para entrar a la laguna. En cuanto terminaron de estacionarse, el niño abrió la puerta y salió corriendo para apartar una mesa lo más cercana a la laguna. Carlos cargaba una hielera con la comida y unas cuantas cervezas. Su mujer le ayudaba con los desechables. Carlos depositó la hielera sobre la mesa escogida por su hijo y se disponía a abrir la primera lata cuando David lo interrumpió.

—Papá, ¿podemos ir a las cuevas?

—¿Las cuevas? —preguntó extrañado—. No recuerdo ningunas cuevas.

—Sí, papá, las cuevas.

Carlos miró a su mujer esperando su aprobación.

—Vayan ustedes— dijo ella—, yo mientras acomodo las cosas.

Padre e hijo caminaron por un sendero empinado rodeado de árboles.

—Ahí están —dijo David señalando con el dedo.

—Ah, es verdad, con que aquí hay cuevas, ¿cómo supiste de ellas?

—Ella me llevó hace años...

—¿Ella, tu mamá? —Carlos arqueó las cejas.

—Ven, vamos —respondió el niño jaloneando a su padre de la mano. David, desesperado por la lentitud de su padre, lo soltó para correr.

—No, espera —caminó de prisa tras él.

Al entrar, la sensación extraña volvió. Carlos miró a su alrededor y no comprendió dónde se encontraba. Las paredes rocosas estaban adornadas con huesos humanos, de niño, pudo concluir por el tamaño. Carlos quedó ensimismado viendo la cantidad de huesos que se extendían hacia la oscuridad en el interior de la cueva.

—Papá, ayúdame, papá, por favor.

—¿Dónde estás? —gritó angustiado

—Aquí, me caí.

Carlos caminó lentamente. Quería correr tras David, pero la oscuridad podría hacerlo caer como él.

—Háblame... no puedo verte.

—Aquí estoy —contestó entre llantos—. Ayúdame.

Carlos se agachó y continuó gateando, seguro de que pronto no encontraría suelo por el cual moverse y así fue. Había llegado a un precipicio del cual desconocía la profundidad.

—David, David, ¿me escuchas?

De pronto se sintió confundido. ¿A quién le gritaba si estaba seguro de que hijos no tenía? Una carcajada comenzó a subir por el precipicio y antes de poder echarse hacia atrás, a pesar de la oscuridad, Carlos vio como la joven lo tomaba de la camisa y lo llevaba hacia el fondo.

VII

Carlos saltó en la cama. Despertó por la sensación de caer al vacío. *Maldito niño*, pensó, *pero me gusta la idea para otro cuento*. Tomó su plumón y garabateó una frase en el pizarrón:

+*Un niño lleva a otros hacia la cueva para alimentar a la bruja.*

Mirando el pizarrón se sentó sobre la cama. Los efectos secundarios de la meditación estaban durando más de lo esperado. Se sentía cansado de no poder dormir sin encontrarse a la joven. Creía mejorar de a poco, al menos esta vez no la veía en la cama. Tomó su celular y notó las dieciocho llamadas perdidas.

—Mierda, mierda —dijo para sí al ver la hora, el día; eran las once de la mañana del jueves.

Llamó a su jefe con la esperanza de aún conservar el trabajo, pero después de tres intentos, desistió. *Tendré que ir*. Se bañó de prisa, ideando la excusa perfecta para justificar su ausencia de cuatro días. *Diré que estuve enfermo. De pronto me sentí mal y ni tiempo tuve de ir al médico. Después de todo, más o menos eso me pasó. No creo poder decirles que me secuestró una bruja y mi hijo, el cual no existe, había cometido parricidio*. Caminó

ensimismado hacia la sala para salir de su casa. Al pasar a un lado de la mecedora se detuvo. Creyó ver de reojo a alguien sentado en ella. Paralizado por uno segundos, no se atrevió a mirar. Dio pasos lentos, acercándose a la entrada; escuchó tras de sí el crujir de la madera. Con las manos temblorosas colocó la llave en la cerradura y abrió la puerta. Afuera, parecía de noche; llovía. Debido a la oscuridad no podía ver más allá de un par de metros, pero escuchaba correr el agua. Un relámpago iluminó el cielo y Carlos vio la calle convertida en río. A la otra orilla, una mujer vestida de blanco le recordó su cuento de la Llorona. La mujer entró en el río. Carlos dio dos pasos hacia atrás, pero una mano se posó sobre su hombro. Cerró los ojos deseando que todo desapareciera. Al abrirlos de nuevo, la mujer de blanco estaba frente a él, tan cerca que pudo haberla besado. Escapó como pudo y corrió con sus piernas temerosas hacia su recámara. Ahí, esperándolo como la primera vez, la joven le hizo una señal para que se acercara. Esta ocasión, la desnudez de la fémina no logró atraerlo. La otra mujer, la de blanco, se aproximaba por el pasillo. Carlos huyó hacia el patio con la esperanza de que nadie lo siguiera. Arrinconado en el lugar más lejano a la puerta, se sentó a llorar con la cabeza recargada en sus brazos cruzados. *¿Cuánto tiempo más?*, se preguntaba. Ahora recordaba por qué había dejado de usar el meditar como fuente de inspiración. Quizás el tiempo ocultó en su memoria los malos recuerdos. No se acordaba de haber sufrido así antes. De lo peor que le había pasado fue cuando caminando por el jardín sintió a un hombre lobo perseguirlo hasta llegar a su casa o tal vez las cicatrices en el cuello que le duraron semanas cuando escribió sobre la chica vampiro. O... ¿no? Carlos recordó a la joven bruja. No era bruja. No era Annie. Ella misma lo había dicho. Pero entonces era... sí. La primogénita de Adán y Lilith. La joven que con su encanto seducía a los hombres y con su ritual los convertía en sus fieles sirvientes, en sus pequeños demonios. Carlos la recordó y recordó también sus antiguos tormentos.

Se puso de pie y caminó a la ventana del cuarto. Vio hacia la cama y le sorprendió verse a sí mismo entregándosele a la joven. En el reflejo del cristal, reconoció su mirada escarlata. Carlos se desvaneció en el patio.

Despertó, pero ¿cuántas veces no había despertado antes?

VIII

El último de los justos

Eliud miró la calle a través de la ventana. El fuego había consumido los árboles y comenzaba a invadir las casas aledañas. Lloraba de tristeza e impotencia. Dios se había olvidado de él. Se alejó de la ventana. El calor del exterior se hacía insoportable. Hincado sobre la alfombra de la única pieza en su casa, suplicó al Creador intercediera por él:

—Oh, Dios. Tú que todo lo puedes, no permitas paguen justos por pecadores —rogaba entre llantos con las manos cubriéndole el rostro.

Una joven de cabello bermejo vestida de blanco apareció en su cama. Eliud la miró primero asustado; sin embargo, creyendo que cuantiosa belleza sólo podría ser obra del Señor, bajó la guardia. *Dios me ha escuchado, pensó, esta jovencita ha venido a salvarme.*

—Dime, bella mujer, ¿cómo haremos para salir de aquí?

Ella permaneció en silencio.

—Acaso ¿Tienes alas para huir por el cielo? —insistió Eliud.

La joven meneó la cabeza en negación.

Extrañado por la actitud de la fémina, Eliud dudó en sus posibilidades de salvación.

—No soy una enviada del Altísimo, si es lo que estás pensando —habló la joven—.

Debes aceptar que se ha olvidado de ti. Decidió destruir la ciudad sin importarle la existencia de personas como tú.

—Pero entonces, ¿quién eres tú?

—Eso no es trascendente. Lo importante aquí es que he venido a salvarte.

—¿Cómo?

Las pocas velas que iluminaban la casa se apagaron dejándolos en tinieblas. La joven se acercó a Eliud y se hincó frente a él. Posó sus manos sobre el cuello del hombre y le pidió confiar en ella. Eliud asintió. Sin darle tiempo de reaccionar, la joven comenzó a besarlo. Eliud sintió como el calor invadía su cuerpo. Tuvo ganas de llevarla a la cama en ese instante, pero lo distrajo el fuego que ahora se expandía en su tejado. Para sorpresa de ambos, escucharon un par de golpes sobre la puerta de madera. Eliud se dirigió a la entrada mientras la joven lo esperaba acostada en la alfombra. Dos hombres caminaron al interior de la casa y explicaron la razón de su visita sin prestar mayor atención a la mujer.

—Eliud, el Señor nos ha enviado para sacarte de la ciudad. Es cuestión de tiempo para que dé inicio la lluvia de azufre. No es necesario llevar nada contigo, pues una vez estés a salvo Dios proveerá. Toma a tu esposa y vámonos.

—Ella no es mi esposa.

—Ah, ¿no? Y ¿qué estaban haciendo aquí a oscuras mientras la ciudad perece? —preguntó uno de los hombres.

—Eso es algo que a ti no te incumbe —respondió la joven acercándose a los visitantes.

Los dos enviados del Señor arquearon las cejas por la sorpresa.

—Por el amor del Altísimo, es Lilith —comentó el uno al otro.

—Imposible —le contestó—, pero el parecido es extraordinario.

—Ella era mi madre —les interrumpió la joven.

—Ya decía yo, ahora entiendo los males que aquejaban esta ciudad —dijo uno de los visitantes—. Eliud, será mejor que te alejes de esta mujercilla y nos vayamos cuanto antes. Si nos dilatamos más, se nos complicará sacarte.

Eliud miró a la joven. El deseo de poseerla era grande, pero su necesidad de sobrevivir lo era más. Estuvo a punto de cruzar la puerta cuando lo detuvo la joven.

—Espera —dijo ella. Se acercó para volver a besarlo y confundir sus ideas—. Puedes irte con ellos y vivir cien años más, pero la posibilidad de que mientras vivas no te condenes

es poca y, entonces, al morir volverás al fuego por la eternidad. Al volver lo harás como un condenado y nunca te acostumbrarás a los castigos. Si te quedas hoy, yo me encargaré de que tu estancia sea placentera.

—No la escuches, Eliud —intercedió uno de los hombres—. Nadie asegura que caigas en pecado. Vámonos, no esperaremos más.

Pero el apetito por la mujer ya se había instalado en lo más profundo de su conciencia. Los visitantes abandonaron la casa y los dejaron a solas. Ella lo tomó de la mano y lo guio a la cama. La joven deslizó su vestido hacia el suelo dejando a la vista sus atributos físicos. Embriagado de deseo, Eliud no se dio cuenta cuando la casa se vino abajo. Entregado por completo a la joven, ésta le acariciaba el cabello mientras Eliud se convertía en cenizas.